

Andrea Maceiras

Lo que sé del silencio



Contra el acoso y el miedo,
toma la palabra

COMO LÁGRIMAS DE DRAGÓN

En el País de los Precipicios Abruptos habitaba desde tiempos inmemoriales una manada de feroces dragones, de piel escamosa y corazón duro, con líquidos ojos de magma dorado. El fuego que salía por sus fauces era tan intenso que, poco a poco, habían ido quemando los bosques que crecían a su alrededor, y todo el país se había convertido en una extensión gris y chamuscada.

Lo único que quedaba a salvo era un mágico lago de aguas cristalinas. Cada vez que nacía un dragón, toda la manada se dirigía allí para sumergir al nuevo miembro. En el momento en el que el bebé dragón quedaba cubierto por las aguas, estas se convertían en un incendio que se extinguía en cuestión de segundos. Era un ritual que aseguraba que el joven dragón llevaría a partir de entonces toda la crueldad del mundo dentro de su pequeño corazón, para así llegar a convertirse en un dragón tan grande y temible como sus ancestros.

Los dragones del País de los Precipicios Abruptos habían asumido que su papel era el de ser los malos del cuento y se entrenaban duramente para parecer salvajes y despiadados: afilaban sus colmillos y uñas

contra rocas cortantes, fortalecían sus alas con rutinas de vuelo y aderezaban todas sus comidas con especias picantes para avivar el fuego de sus entrañas. Y, como estaban convencidos de que el éxito consistía en devorar a muchos humanos y secuestrar a muchas princesas, eran felices con su vida del modo en que solo pueden serlo los dragones malos.

Pero el Dragón Príncipe, que todavía era muy joven, no estaba en absoluto satisfecho con aquella existencia. Todos los días pasaba por el lago y, viéndose reflejado en sus aguas, se decía a sí mismo:

–Ojalá no tuviese que ser malo...

Una vez, incluso se había atrevido a preguntarle a su padre, el Dragón Rey:

–Padre, ¿por qué tenemos que ser tan malos?

El Dragón Rey exhaló un suspiro ígneo:

–Hijo, si no fuésemos malos, los humanos se volverían contra nosotros y acabarían con nuestra raza. Es la ley del más fuerte. Tenemos que atacar para no ser atacados. Por eso es tan importante que los dragones recién nacidos participen en el ritual: no hay nada más débil que un dragón bueno.

El Dragón Príncipe asentía con fingido convencimiento, pero estaba seguro de que aquel ritual de maldad no había funcionado en su caso. A él lo que le gustaba era hablar con los humanos y pasear con las princesas. Nunca había probado la carne y se alimentaba exclusivamente de frutas y vegetales. Cada tarde, al regresar a la cueva-palacio donde vivía con su familia, se veía obligado a mentir ante sus padres y

hermanos cuando ellos le preguntaban cómo le había ido el día.

—Hoy me he comido a tres niños —afirmaba con fingido orgullo—. Y, como todavía tenía apetito, merendé una princesa y tres campesinos que iban camino del mercado. De vuelta a casa, piqué un par de ovejas y un pastor.

Su familia sonreía complacida, creyendo todas aquellas mentiras. Entonces, el Dragón Príncipe, afilaba sus uñas y colmillos contra las piedras cortantes, ejercitaba sus alas en rutinas de vuelo y fingía ingerir toneladas de picante.

Pero nada de aquello tenía sentido para él.

Para consolarse pensaba que, quizá, cuando llegase a ser rey, podría cambiar las cosas. Sin embargo, en el fondo de su corazón, sabía que para entonces sería demasiado tarde y que, con toda probabilidad, a base de fingir, él también terminaría por convertirse en un dragón malo de verdad. Temía que cualquier día, sin previo aviso, devoraría a algún humano o a alguna princesa de los que, hasta entonces, había sido amigo.

El Dragón Príncipe no sabía cómo evitarlo.

Y una lágrima humeante resbalaba por su mejilla escamosa.

De cuando fui sirena, Leaena Hiems
(cuento número 7)

Publicado por Delia, 16:45.

Etiquetas: cuento, 7, lágrimas, maldad, fuego, dragón.

No hay comentarios.

SUEÑO

Anoche soñé con Silke. Estaba igual que la primera vez que la vi, con el pelo rubio cubriéndole la espalda y una camiseta corta que dejaba su ombligo al aire.

Conocí a Silke a principios de otoño, en un día gris y ventoso. Silke no llevaba capucha ni paraguas, y las gotas iban cayendo sobre su melena, conformando un velo irreal y brillante. Vestía una cazadora de cuero y unos vaqueros rotos y sostenía entre las manos un cuaderno. Su llegada había causado gran expectación. Llevábamos un mes de curso y aquella nueva incorporación sacudió el instituto como un vendaval, colándose por los pasillos y dejando sentir su fuerza en cada aula.

No hubo ninguna presentación oficial, aunque enseguida circularon los rumores: al parecer venía del extranjero y se incorporaba al curso tardíamente a causa del trabajo de su madre. Cuando llegó a clase, esperó pacientemente a que todos nos sentáramos, haciendo caso omiso de los murmullos que suscitaba, y, finalmente, ocupó el único pupitre vacío, justo delante de mí. Percibí un extraño contraste entre su actitud y el

lugar en que se encontraba. Silke permanecía ajena a aquella aula llena de chicos y chicas. Era capaz de aislarse del bullicio y mantenerse serena en aquel entorno para ella desconocido. Reconozco que admiré su actitud calma e indiferente: aquella chica parecía distinta de todo y de todos. Después, Silke dejó vagar sus ojos azules por el paisaje de la ventana y yo presté atención a cualquier otra cosa.

Aunque aquel primer día no sucedió nada extraordinario, en mi sueño todo aparece deformado. En mi sueño, Silke no se limita a mirar por la ventana, sino que se asoma peligrosamente a ella, inclinándose con imprudencia sobre el alféizar y levantando los pies del suelo, como si quisiera observar algo que está muy abajo. Yo me acerco a ella para advertirla de que va caerse, pero no me sale la voz.

Entonces el instituto desaparece y, súbitamente, ella se halla en el borde de un oscuro abismo. Yo solo puedo mirarla y contener las lágrimas. Silke camina por la línea del precipicio en precario equilibrio y, aunque quiero ayudarla, estoy paralizada.

Justo cuando consigo moverme, aparecen las manos. Son manos carentes de cuerpo y flotan en el aire. Las manos adoptan una actitud amenazante y tratan de echarla abajo. Me hacen comprender lo sola que está Silke. Yo deseo gritarle que no deje que la empujen, que resista, pero entonces reconozco mis propias manos separadas de mis brazos, haciendo fuerza con todas las otras. Hasta que, finalmente, la derribamos.

Entonces Silke cae al vacío y yo me despierto.

Esperaba que los sueños desapareciesen con el paso del tiempo, pero, por más que los meses avancen, no puedo olvidarlo. El mundo ha regresado a una aparente normalidad, pero no para mí. Yo no he vuelto a ser la misma, no estoy recuperada de todo el daño que le hicimos. Y que nos hicimos a nosotros mismos.

Después de lo sucedido consulté muchas webs sobre el tema, vi muchos vídeos, comenté en redes sociales y, finalmente, me he decidido a contar mi experiencia. Quisiera advertiros de que algunos de los nombres que aparecerán en mi narración están cambiados, lo mismo que determinadas situaciones, que no relataré exactamente cómo sucedieron. Todo está aún demasiado reciente y no quiero perjudicar a nadie. Pero, en la medida de mis posibilidades, seré fiel a los hechos. Os ruego que no os fijéis en los datos que no sean relevantes, sino en las verdades internas. A ellas intentaré llegar con mi relato.

Me comprometo a colgar una nueva entrada cada semana.

Así nace www.loquesedelsilencio.blogspot.com

Publicado por Delia. 18:30.

Etiquetas: sueño, caída, daño, remordimientos.

No hay comentarios.

SOBRE MÍ

Me llamo Delia y no soy la narradora que esperabais. No soy una persona especial ni tengo ninguna característica fuera de lo común. No soy la heroína de una saga literaria y tampoco habito un mundo en el que sucedan hechos prodigiosos. Ni siquiera soy la protagonista de este blog, tan solo soy la chica que lo escribe.

Me llamo Delia y soy una cobarde.

Lo que pretendo relatar en este espacio es una historia verídica que sucedió el curso pasado en mi instituto. No se trata de un trabajo de clase, ni de deberes ni nada parecido. Me encanta escribir desde siempre y tengo algunos poemas y microrrelatos publicados en revistas *online*. Pero en esta ocasión es diferente. Necesito desahogarme, sacar de dentro esto que me está haciendo tanto daño. Siento como si llevase sobre los hombros una pesada carga que no me deja vivir. No sé si los demás habrán podido superarlo, pero lo que tengo claro es que yo todavía no he pasado página. Por eso sigo teniendo pesadillas, por culpa de los remordimientos. ¿Acaso los demás no tienen conciencia?

No encuentro a nadie con quien poder hablar de este sentimiento que me consume y ni siquiera sé si es lógico que me siga afectando de esta manera después de los meses que han pasado. Los demás prefirieron olvidarse del tema, enterrarlo para siempre y, aunque pueda comprender esa actitud, sé que no es la adecuada para mí. Vuelvo a estar sola entre mucha gente. Por eso creo que la solución más fácil es dejarse llevar por esta anonimía analgésica que proporciona internet. Prometo que voy a ser todo lo sincera que me sea posible. Aunque eso signifique que la mayor parte de la lectura yo os resulte débil y odiosa. Culpable.

En realidad, soy alguien que merece caer mal.

¿Me comportaría de otra manera sabiendo lo que ahora sé? Por supuesto. Nunca hubiera supuesto lo extremadamente complicado que resulta solucionar un problema que una misma crea, sobre todo cuando el daño es irreparable. Es muy duro recordar todo el daño que hicimos, la crueldad con la que nos comportamos. Muchas veces me descubro pensando qué pasaría si pudiera volver atrás. Pero también sé que eso no va a suceder y que tengo que asumir mis errores y no dejarme arrastrar por ellos. Equivocarse forma parte de la vida, del proceso de aprender, crecer y evolucionar. Por eso abrí este blog. Para no olvidar nunca lo mucho que me arrepiento, para que esto no vuelva a suceder jamás, para poder reflexionar sobre todo lo sucedido y, por fin, seguir adelante.

Todo lo que voy a relatar tuvo lugar el curso pasado. Esta es la historia de cómo acosamos a Silke du-

rante los meses que estudió en nuestro instituto. Este es el relato de cómo la hicimos caer en el centro de un laberinto sin salida en el que, sin saberlo, también nos encontrábamos nosotros. Porque fuimos muchos los que nos vimos atrapados en sus intrincadas vueltas. Y por ellas vagamos, como almas en pena, perdidos en una situación que acabó por escapársenos de las manos. De mis manos inútiles. Y de las manipuladoras manos de Julia, Lara y Daniela. De las manos indiferentes de Marcos. De las sucias y miserables manos de Víctor. Y de las indecisas manos de mi hermano Yago.

Yo acosé. Él acosó. Nosotros acosamos. Ellas acosaron.

Sí, así fue. En este blog voy a hablar de cómo me convertí en acosadora pasiva de una chica inocente. Porque, aunque los demás piensen que yo no hice nada, no es cierto. Me quedé quieta. No moví un dedo. No ayudé a Silke. Consentí que le hiciesen daño delante de mis ojos. Ignoré deliberadamente su sufrimiento. Tuve miedo y preferí salvarme a mí misma.

Por eso no dije nada.

Por eso me quedé callada.

El silencio puede convertirse en un agujero negro si te dejas arrastrar por él. El silencio puede dañar tanto como las palabras, tanto como los golpes. De eso va este blog. De los meses que pasé en silencio. De lo que aprendí en aquellos días sobre la crueldad y la cobardía.

Esto es lo que sé del silencio.

Publicado por Delia. 19:47.

Etiquetas: cobardía, acoso, laberinto, silencio.

No hay comentarios.

PRINCIPIOS DE CURSO (I)

Antes de que Silke llegase a nuestro instituto, yo tenía la vida normal que puede tener una chica de catorce años sin excesivos problemas o, mejor dicho, sin problemas de verdad. Vivía en una casa bonita en una zona residencial de la ciudad, con mis padres y mi hermano Yago. Iba al instituto del barrio, sacaba buenas notas y no me importaba no ser demasiado popular. Desde niña me gustaron la lengua y la literatura, pero tampoco detesté nunca las matemáticas y siempre conseguí arreglarme bastante bien en educación física, a pesar de que algún compañero malicioso insinuara alguna vez que mi cuerpo dista mucho de ser atlético. Es cierto que no soy ni muy guapa ni muy delgada, pero hace tiempo que ya no sufro por eso y jamás perdí demasiado tiempo delante del espejo. Supongo que, por lo general, siempre me las he apañado para pasar desapercibida.

Mi instituto no era especialmente conflictivo, aunque tenía sus problemas, como todos. Yo no puedo afirmar que me gustara, más bien trataba de resignarme al hecho de que estaba obligada a asistir a las clases día tras

día, y, en ese sentido, los fines de semana constituían una liberación demasiado corta. Para mí el instituto era como un universo paralelo hecho a escala, con sus propias leyes y códigos internos, lo suficientemente pequeño como para caber en una caja de zapatos y lo suficientemente grande como para convertirse en el centro de la vida de cualquier estudiante. Porque dentro de aquella caja todo se multiplicaba y se vivía con mayor intensidad que fuera. Un suspenso, una pelea, una caída embarazosa en los pasillos podía ser motivo de tortura durante semanas.

Yo había asumido que, en ese pequeño cosmos, cada uno tenía su papel y lo desempeñaba con mayor o menor fortuna. Había chicos y chicas caracterizados por su inteligencia, otros por su atractivo físico. Había quien destacaba en los deportes, los que siempre querían llamar la atención, estaban los graciosos, los que parecían la sombra de los profesores, los rebeldes... Demasiadas categorías como para enumerarlas todas. Lo importante es que yo sentía que aquellas jerarquías eran rígidas; que era muy difícil dejar de ser un chapón para convertirse en un bala perdida y viceversa. Y aceptaba esa idea como natural e inevitable, sin preocuparme demasiado por ella.

Si en aquella época alguien se hubiese fijado en mí (cosa que era bastante improbable) y me hubiese preguntado a qué grupo pertenecía (lo que era aún más improbable), yo le habría respondido que la mayor parte de mi vida había estado en el lado de los raritos que tiran a inteligentes: esos con los que nadie se mete

porque ni siquiera son lo suficientemente interesantes como para convertirse en el blanco de las burlas y que llevan una existencia monótona y solitaria. Los invisibles.

Silke, por supuesto, enseguida encajó con las chicas populares de la clase: Julia, Lara y Daniela. Eran guapas, tenían una intensa vida social y solo se relacionaban con los chicos de cursos más altos, como mi hermano Yago. Se sentían diferentes y mejores por cómo vestían o los temas sobre los que hablaban y su único interés era tener buen aspecto para impresionarnos a todos los demás. Creían en la existencia de los príncipes azules y de buen grado hubiesen imitado a las hermanastras de la Cenicienta, cortándose un trozo de dedo para calzarse el zapato de cristal, si con eso hubiesen conseguido ir a la moda o encajar mejor en las absurdas normas que ellas mismas habían creado. Ni siquiera sé cómo una vez pude formar parte de algo así.

Pero lo cierto es que, por una extraña casualidad, cuando Silke llegó al instituto, yo era una de ellas.

Publicado por Delia, 17:05.

Etiquetas: instituto, vida social, invisible, popularidad.
No hay comentarios.

PRINCIPIOS DE CURSO (II)

La bomba estalló después de las vacaciones de carnaval, pese a que el proceso se había iniciado mucho antes y se había ido gestando lentamente delante de nuestras caras, alimentándose de nosotros, como un monstruo hambriento que no se fija en sus víctimas y, desesperado, lo devora todo a su paso.

En mi caso, todo comenzó durante las primeras semanas del curso, cuando Julia empezó a acercarse a mí de una forma que me resultaba difícil de comprender. De un día para otro, tanto ella como sus inseparables amigas, Lara y Daniela, cambiaron radicalmente su comportamiento indiferente y comenzaron a acosarme a todas horas: en el patio, en la cafetería, en el aula de plástica...

Como en los tres años que llevábamos en la misma clase apenas habíamos intercambiado un par de palabras, solo teníamos en común los temas del instituto. Así que cada vez que las veía aparecer, me preparaba para una pregunta absurda, del tipo:

—Oye, Delia, ¿tú sabes qué deberes puso la de mates para mañana?

Yo, que siempre he tratado de no llevarme mal con nadie y pasar desapercibida, suspiraba con hastío y contestaba con el menor número de palabras posibles, pero ellas no se daban por aludidas. Me acorralaban en la esquina más insospechada y descargaban preguntas como balas: si sabía en qué librería se podían comprar los mapas mudos para geografía, si ya había hecho la redacción sobre las vacaciones para inglés, si tenía grupo para el proyecto de tecnología... Yo contestaba como podía, confusa y desconcertada, sin adivinar la finalidad de todo aquel asedio que tanto me molestaba.

Una mañana incluso me invitaron a sentarme con ellas en el banco que compartían todos los recreos, justo delante de la pista de fútbol en la que jugaban los chicos.

—¡Delia, necesitamos de tu ayuda para que nos expliques unas ecuaciones! —me gritó Julia haciendo gestos con las manos, sin dejar de sonreír.

Resignada, dije adiós a mis expectativas de leer tranquilamente en la biblioteca y me senté con ellas. Yo era tímida e introvertida y aquel primer recreo que pasé en el banco creí morir de vergüenza. No dejé de suplicar mentalmente que los chicos se concentrasen en el juego o que se abriese la tierra y nos tragara a todos, porque cada vez que uno de ellos nos miraba, la reacción de aquellas tres chicas era digna de un Óscar. Julia y Daniela prorrumpían en risitas sofocadas o gritaban lo primero que se les pasaba por la cabeza y Lara, más distante y vanidosa, sacudía su melena cas-

taña y rizada con un movimiento ensayado mil veces delante del espejo. Era evidente que yo estaba a años luz de todo aquello.

Por lo demás, quedaba claro que ellas no estaban interesadas en mi ayuda. Lara era tan inteligente como yo o más; Julia iba tirando y Daniela no tenía inclinación alguna por los estudios, aunque siempre se salvaba de suspender en el último momento. Las tres eran lo suficientemente guapas y espabiladas como para que todos las respetasen y admirasen. Por esa razón, su repentina preocupación por mi insignificante persona me resultaba profundamente incómoda. Incluso llegué a preguntarme si no estarían tramando algo en mi contra.

Siempre fui bastante desconfiada. Quizás por eso los únicos lugares en los que me sentía a salvo eran la biblioteca y el club de lectura que organizaba la profesora de lengua de bachillerato. El club estaba conformado por una docena de miembros y el ambiente de las sesiones era muy agradable. Nos reuníamos una vez por semana, aprovechando el descanso del recreo, y comentábamos las lecturas que previamente habíamos realizado. Éramos un grupo de lo más heterogéneo, conformado por alumnos y alumnas de distintos cursos, pero teníamos muy buena relación y las sesiones solían estar llenas de risas y ser bastante fructíferas. El año anterior incluso había hecho amistad con una chica de un curso menos que yo, Elisa, una de las personas más brillantes del instituto y mi única confidente. Por eso, antes de empezar la siguiente sesión del club, me

zafé de las garras de Julia como pude y decidí confesarle mis temores a Elisa.

La encontré a poca distancia de la puerta de la biblioteca, repasando una hoja de la novela que estábamos leyendo, con sus enormes ojos castaños absortos en la lectura.

—¿Te acuerdas de lo que te dije el otro día acerca de Julia y sus amigas? —le pregunté por lo bajo en cuanto me acerqué a ella.

—Que últimamente tenían un comportamiento muy extraño —me respondió mi amiga apartando la vista del libro.

—Verás, la cosa ha ido a peor. Ayer me invitaron a sentarme con ellas en el recreo.

—Ándate con ojo —me aconsejó Elisa—. Ya sabes de lo que son capaces esas.

Sí, todos lo sabíamos. El año pasado Lara había tenido un problema con una chica de la clase de Elisa. Al parecer, Lara afirmaba que aquella chica le había robado el móvil durante la clase de educación física, cuando lo había dejado en los vestuarios. Como no estaba permitido llevar el móvil al instituto, el centro no se hacía responsable del hurto y Lara había decidido tomarse la venganza por su mano. Cada vez que encontraba a aquella pobre incauta por los pasillos, le descargaba un torrente de insultos que no cesaba hasta que algún profesor intervenía, calmando los ánimos. Incluso llegó a dejarla encerrada en los baños de chicas durante una clase y media, hasta que alguien consiguió desatascar la puerta. Nunca llegué a saber si aquella

chica era culpable o inocente; lo que verdaderamente me sorprendía era la actitud de Lara.

Aunque no quería dejarme llevar por el miedo, les tenía el suficiente respeto como para saber que no debíamos molestarlas. Yo era cobarde, me sentía sola y estaba en clara desventaja en relación a ellas. Así que, a pesar de mis recelos, seguí respondiendo a todas sus llamadas de atención y comencé a pasar cada vez más tiempo sentada en aquel banco, contemplando a los chicos sudorosos que gritaban y corrían y que, de vez en cuando, dirigían miradas furtivas hacia nosotras.

Con el paso de los días fui acostumbrándome a aquella rutina. No confiaba en ellas, apenas intervenía en sus conversaciones, pero tenía que reconocer que después de tantos recreos solitarios en la biblioteca era agradable sentarme al aire libre, sentir en la cara los rayos suaves del sol de otoño y gozar de la posesión de un trocito de aquel patio que tanto se me había resistido.

Publicado por Delia, 17:05.

Etiquetas: soledad, popularidad, grupo, desconfianza.

1 comentario.